

Hoy el Señor nos invita a vivir en la confianza, en la paz, en la serenidad, porque él está con nosotros, nos está preparando un lugar, el camino a través del cual podamos alcanzar la beatitud del *Cielo*.

Él nos ha precedido no solo en Galilea sino también en la Jerusalén celeste, y nos dice que **vivamos en esta vida encomendándonos a esta promesa suya**. Es decir: **tratando de unir nuestro equilibrio psicológico y espiritual a esta promesa**.

Nosotros somos pacíficos o inquietos en relación a lo que consideramos nuestro punto de fuerza, de seguridad, de satisfacción...

Nuestro ánimo es por lo tanto inestable e incierto en la medida en que las cosas en las cuales basamos nuestra felicidad pueden ser más o menos a riesgo, en peligro, amenazadas.

El Señor nos dice que nos vayamos al más allá de todo eso, nos invita a **encomendar nuestra serenidad a su promesa, a su presencia, a su ayuda**.

*Yo estoy con vosotros todos los días* (Mt 28,20); el Señor está en nuestro corazón, anda con nosotros; entonces, *no se turbe vuestro corazón*.

*Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, afirma el salmista*. (Sal 23,4).

También nosotros, queridísimos, a menudo tenemos que enfrentarnos con situaciones dificultosas, a veces dolorosas, a veces nos parece estar en una oscuridad impenetrable, a veces nos parece no tener ninguna respuesta.

Pues bien, el Señor nos dice: ***No se turbe vuestro corazón; creed en Dios, creed también en mí***.

Entonces, hoy, queremos renovar esta confianza en Dios y en Jesús:

Señor, confiamos en ti, queremos confiar en ti, queremos encomendarnos a ti, queremos caminar en la vida confiando exclusivamente en tu palabra.

¡Ayúdanos con la gracia del Espíritu Santo a perseverar en esta determinación y a realizar en nosotros, esa fe, esa esperanza!

Gracias Señor Jesús.

Alabado sea Jesús Cristo.